

Adviento

Tercera Semana

tiempo para descubrir el querer de Dios...

Carta 69

*A las Marías de Ciudadela
Es Cubells (Ibiza), 4 septiembre de 1861*

J. M. J.

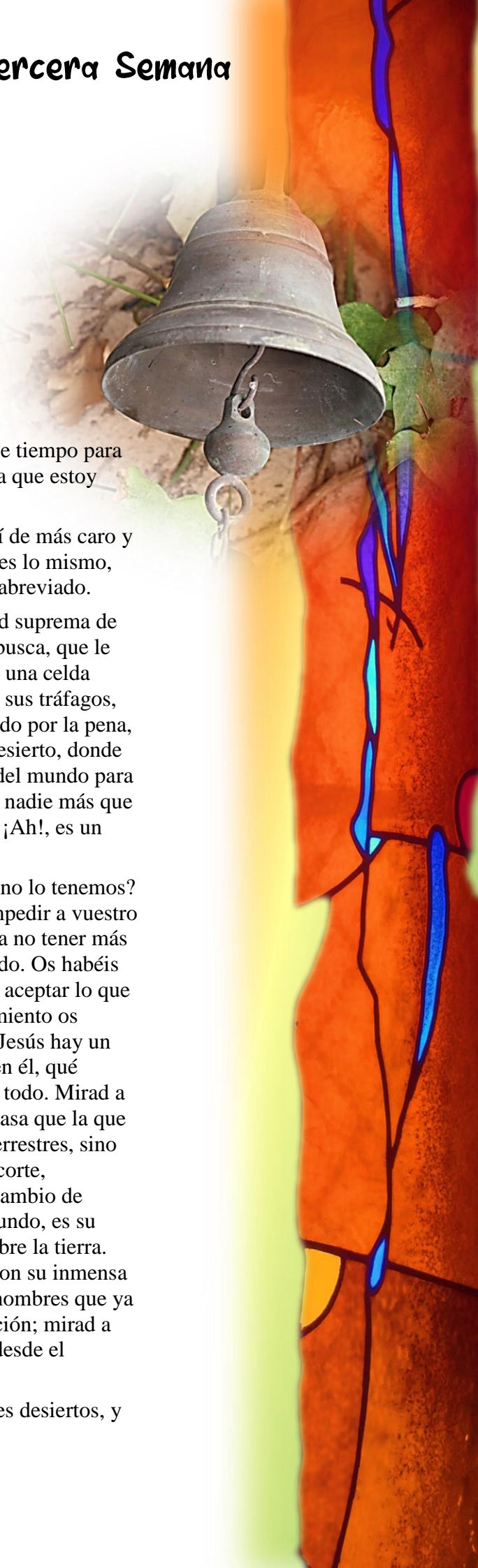
1. Mis amadas hijas en Jesús: Por si acaso yo no tuviese tiempo para contestar a cada una en particular sobre vuestros billetes, ahora que estoy libre os escribo a todas.

Yo quiero, yo deseo para vosotras lo que tengo para mí de más caro y precioso. ¿Qué es, me diréis? Un cielo sobre la tierra o lo que es lo mismo, en la tierra una celda o un cielillo, o un cielo en resumen y en abreviado.

2. Para un alma que conoce a Dios y siente la necesidad suprema de unirse con El, de ser con El por amor una misma cosa, que le busca, que le tiene, que le desea, que le espera, que, a voz en grito, le llama, una celda ¡cuánto vale! Una celda, un sitio que la separe del mundo y de sus tráfigos, un lugar donde pueda a sus solas desahogar su corazón oprimido por la pena, y pena causada por su ausencia, un sitio, un lugar solitario y desierto, donde pueda ella en cuerpo y alma esconderse de los ojos y bullicio del mundo para haberlas con Dios solo, un puesto donde se crea segura de que nadie más que Dios la ve y la oye ¡cuánto vale! ¿Qué precio tiene una celda? ¡Ah!, es un cielo sobre la tierra.

3. Yo os deseo vivamente, hijas mías, este cielo. ¿Que no lo tenemos? Sí, ya le tenéis. Lo reducido de vuestra habitación no puede impedir a vuestro espíritu a que vuele al cielo. Vosotras os habéis de conformar a no tener más que lo que pisa vuestro pie, ocupa vuestro cuerpo y aún prestado. Os habéis de mortificar en cuanto a sitio y celdas y convento y habéis de aceptar lo que Jesús os da. No os da más, contentas. Y este vuestro contentamiento os merecerá otra cosa. Para una hija de Dios, para una esposa de Jesús hay un palacio, y éste es el mundo todo, el material. ¡Qué grandezas en él, qué magnificencias! ¡Ah!, todo es vuestro porque lo habéis dejado todo. Mirad a Sta. Rosalía, sola en una cueva, sin cama, sin platos, sin más casa que la que le ofrece la peña. ¡Qué rica, qué rica no por ser hija de reyes terrestres, sino hija amada de Dios! Ella lo ha dejado todo, palacio, vestidos, corte, comodidades, y se queda sola en el monte. Allí contempla el cambio de habitaciones y ve y encuentra una mejora inmensa. Todo el mundo, es su casa, y tiene, sin tener celda ni monasterio, un cielo o celda sobre la tierra. Para vosotras, esposas de Jesús, sólo el mundo todo material con su inmensa grandeza es una casa digna de vosotras. Lo demás es obra de hombres que ya sabemos lo que valen. Mirad a María Egipciaca en igual situación; mirad a María Magdalena, contemplando las grandezas de su palacio desde el desierto. ¡Qué ricas!

Pero ellas tenían por habitación dilatados países, lugares desiertos, y podían a sus solas haberlas con Dios.



4. Tomad lo que os dan y lo que os den es lo mejor. ¿Lo habéis dejado todo? Pues bien, con fecha del día de vuestro renunciamento, el mundo material todo, con sus montes y campos, los cielos y cuanto hay en ellos, todo os pertenece, todo es vuestro. Dios formó casa para sí y para su esposa y la concibió, la ordenó, la fabricó y salió una obra digna de tanta majestad. Y esta obra, esta casa que sirve a su esposa peregrinante sobre la tierra mientras vive acá abajo, es el mundo todo. Hijas mías, un rincón os basta. Os repito, tomad lo que os den y esto será lo que más os conviene. Yo deseo tengáis todas las comodidades espirituales posibles, y a fe que yo tengo buen gusto. Y si está en mi mano, todas las que sean compatibles con vuestra posición, clase y condición, yo os las buscaré. Por ahora, bien estáis. Estáis tan bien que no podéis estar mejor porque tenéis lo que os han dado.

5. Os saludan mis hermanos. Isidro es muy aficionado a cosas de marina. Carga su barca ora de cebollas, ora de tomates y, viento en popa, va dels Cubells a Ciudadela, pero a lo mejor todo cae al fondo del safareix, y vosotras quedáis sin el cargamento. El pobre se aflige, pero como no pelagra su vida, todo se le pasa. Os saluda este vuestro affmo. padre,

Francisco Palau, Pbro.

Para reflexionar...

En el silencio de la “cueva” nos encontramos ante nosotros mismos y ante Dios, no se puede mirar a otro lado. La experiencia de vulnerabilidad e indigencia que se vive en el desierto nos ayuda a situarnos con humildad en la realidad del mundo en que vivimos, a ser conscientes de nuestra fragilidad y la necesidad de estar constantemente sostenidos por el Señor. En la “Cueva” sentimos que nuestra fe no se apoya en nuestra seguridad, autonomía y fortaleza. En el silencio de nuestro interior, nos reconciliamos con nuestra pequeñez, con nuestra incapacidad, se nos pone de manifiesto las experiencias de soledad que atraviesan nuestra vida cotidiana. La soledad nos reconcilia con nuestra caducidad, comprendiendo que el deseo de infinito de amar y ser amados, que llevamos en nuestro corazón, no podemos colmarlo por nosotros mismos.

Es tiempo de novedad y fidelidad. Nuestro caminar se va purificando, liberando, simplificando y unificando, llegando a una armonía interior que nos dispone a la apertura a Dios, que nos afina el oído y pone en marcha el corazón ante el grito y el clamor de la tierra herida. Nuestro ser contemplativo nos hace disponibles.

Te invitamos a hacer experiencia de silencio, haz un acto de abandono ante el Señor que quiere encontrarse contigo; con un canto repetitivo al espíritu, entra en tu “cueva interior” lee la carta y desde lo más hondo haz resonancia orante.

Reposa, respira y dentro de un ambiente de paz, serenidad y confianza, pide luz para el discernimiento. Pide luz y guía para el camino. Revisa tu proyecto personal.

Pincha aquí: <https://youtu.be/zDudlNqGLPk>